

La coartada perpetua: mitologías y mitomanías en los umbrales de la República

Ambrosio Fornet

Ensayista y crítico.

Para un simposio sobre 1898 que iba a celebrarse en la Universidad de Princeton (Estados Unidos),¹ me propuse estudiar las mutaciones que había sufrido el discurso épico en la llamada «literatura de campaña», como he denominado —por analogía con los diarios y partes militares— al conjunto de textos narrativos que recogen las experiencias relacionadas con nuestras guerras de liberación. Esa literatura —cuya primera muestra, entre las publicadas en forma de libro, es *Episodios de la Revolución cubana* (1891), de Manuel de la Cruz— surge en la manigua y se retoma en el contexto colonial como un intento de preservar la memoria épica de la nación y de vincular las hazañas del pasado —la Guerra de los Diez Años (1868-1878)— con los proyectos emancipadores del presente —la Guerra de Independencia (1895-1898). Sostenía yo la tesis de que, después de 1898, y sobre todo de 1906 —cuando se produjo la segunda intervención norteamericana, apenas cuatro años después de proclamarse la República— el vínculo entre el mito y la historia había ido perdiendo legitimidad y, en consecuencia, el discurso de la epopeya comenzó a sufrir una transformación y acabó diluyéndose en formas estereotipadas y

folletinescas. En un nivel superficial, yo identificaba la narrativa de campaña con los mitos porque también aquella alude a los orígenes —de la nación, en este caso— y exalta las acciones de los héroes, hombres de carne y hueso convertidos de pronto en arquetipos por sus virtudes cívicas y por la habilidad de los cronistas para enmarcarlos en los códigos propios de la épica. Pero en un plano más profundo me interesaban las implicaciones que para el análisis literario podía tener el hecho, señalado por Barthes, de que el mito, como todo sistema de signos, es histórico —y por tanto mutable— y tiene dos caras, puesto que sugiere y oculta a la vez lo que quiere expresar. El mito es un valor —subraya Barthes—; su legitimidad no consiste en ser verdadero, sino en ser significativo, motivo por el cual puede llegar a convertirse en «una coartada perpetua».² En ese sentido supone siempre una manipulación y no pocas veces la expresión de una conciencia culpable.

Convencido de que existe un vínculo secreto entre las estructuras de la sociedad y la naturaleza de sus expresiones simbólicas, yo asociaba las vicisitudes de la épica con la crisis institucional y moral de aquel período (1898-1923) en el que la conciencia colectiva parecía

hallarse totalmente dominada por sentimientos de frustración, pesimismo y decadencia. Para mí era obvio que ese desgaste precoz tenía múltiples causas, pero sobre todo una externa —la famosa Enmienda Platt,³ apéndice incrustado en la Constitución cubana durante el primer gobierno de Theodore Roosevelt—, y otra interna, el creciente deterioro que había experimentado la vida política del país en manos de aquellos «generales y doctores» que darían título a una de las novelas emblemáticas de la época.

La Enmienda Platt introdujo en el ámbito del derecho internacional lo que pudiéramos llamar el concepto de intervención preventiva, variante modernizada de la Doctrina Monroe, según la cual los Estados Unidos no se reservaban el derecho de intervenir en Cuba para protegernos de extraños, sino para protegernos de nosotros mismos. La corrupción, por su parte, había convertido el proyecto martiano de la nación «con todos y para el bien de todos» en una grotesca caricatura, resumida en la divisa liberal «Tiburón se baña, pero salpica». Es probable que hasta 1906 se pensara que todo podía ser distinto, pero ese año el fraude electoral del gobierno conservador provocó una sublevación de los liberales, que el presidente Estrada Palma convirtió en catástrofe al exigir, invocando la Enmienda Platt, la intervención militar de los Estados Unidos. Fue vilipendiado por sus adversarios y desautorizado por sus compinches, pero hay que reconocer que su decisión era coherente con el estatus de la República; quien admite ser considerado menor de edad, ¿por qué no ha de comportarse como tal en momentos de crisis? Lo cierto es que con la Segunda Intervención —que apenas duraría tres años gracias a la áspera benevolencia de Roosevelt— se desintegró de golpe el viejo sueño de la manigua. No es extraño que, en 1908, Regino Boti se negara a sumarse a la celebración del 20 de Mayo —sexto aniversario del establecimiento de la República— alegando que, dadas las circunstancias, era más adecuado hablar «de sepelio que de epopeya, de mausoleo que de capitolio, de sudario que de bandera». ¿Acaso el 20 de Mayo —remachaba— no era «un epitafio?».⁴ Por esos mismos años, Fernando Ortiz atribuía el abatimiento de la nación a «la caída de los ídolos que daban ideales a su existencia»,⁵ y todavía quince años después, un joven ensayista se atrevía a asegurar que el cubano miraba con indiferencia los valores históricos y la figura de los héroes. «Hay un escepticismo general —decía— respecto al valor de los símbolos...»⁶

Yo sentía que ese estado de ánimo generalizado bastaba para dar fundamento sociológico a mi tesis, la que además se vio reforzada por el descubrimiento de lo que Jorge Ibarra llamó «el mito de Roosevelt».⁷

Permítame abordar someramente ese fenómeno, tan curioso como previsible. En 1919, con motivo de la muerte de Theodore Roosevelt, intelectuales y dirigentes políticos cubanos, sin distinción de tendencias ni partidos, coincidieron en expresar su admiración y gratitud por el gran hombre que, además de pelear bravamente por la libertad de Cuba al frente de los intrépidos Rough Riders, había contribuido a la fundación de la República —una república «enmendada», cierto, pero tangible— e intentado por todos los medios evitar la Segunda Intervención, aunque solo fuera por razones de prestigio.⁸ Del fervor y la extraña unanimidad suscitados por una figura tan polémica —el agresivo Cazador de Darío— dedujo Ibarra que en la conciencia de los testimoniantes se había impuesto una visión mítica del personaje, estrechamente ligada a sus propios intereses, más allá de las diferencias ideológicas y políticas. Esa visión suponía un deterioro, o peor, una renuncia a los grandes ideales de antaño. Desde 1909, cuando se comenzó a invocar la Enmienda Platt con un signo positivo —como mecanismo anti-intervencionista—, se hizo evidente que la ideología de la sumisión había empezado a carcomer todo el tejido social; que «el dominio neocolonial», en otras palabras, «comenzaba a funcionar como un sistema».⁹ En efecto, la involución ideológica de los dirigentes políticos, principales beneficiarios del estatus neocolonial, planteaba la necesidad de disponer de una coartada, de un mito sobre los orígenes de la República. No se trataba de una operación caprichosa o malvada, sino de una respuesta tal vez inconsciente a la crisis de legitimidad por la que atravesaba el sistema, o como dice Ibarra, de una verdadera «dramatización ideológica de las estructuras sociales más profundas».¹⁰ Todo, hasta aquí, encajaba en mi proyecto.

Las dificultades comenzaron cuando traté de verificar mi hipótesis en la práctica. Había que demostrar que las estrategias discursivas y los propios modos de configuración genérica se habían ido transformando gradualmente hasta pasar de la epopeya a la saga, de los discursos épicos, con su énfasis tradicional en lo heroico, a aquellos donde se funden la crónica y el melodrama, esa extraña mezcla de elementos patrióticos y eróticos que, según Doris Sommer, caracteriza nuestros grandes relatos fundacionales. En suma, me había dejado arrastrar por el desatinado impulso de comparar dos tipos de relatos de naturaleza distinta, el puramente testimonial y el estrictamente novelesco, atribuyéndole además al primero una mayor adecuación a las exigencias de la épica. La mediocridad también tiene sus coartadas, y es posible que, en una primera lectura de ciertas novelas histórico-sentimentales,¹¹ yo haya tomado como estrategias narrativas lo que no era más que el resultado del mimetismo y la torpeza. Lukács observa que el *pathos*

de la gran novela realista —en contraste con la de tesis— radica en su capacidad para captar el flujo espontáneo de la vida, «la inmediatez de la vivencia histórica». ¹² En nuestra novelística, los idilios sentimentales en torno a los que se pretende reconstruir un pasado heroico carecen de esa carga de conflicto y agonía que está en la base de todo verdadero acto genésico. «La tradición se desvirtúa —afirmaba Lamar en *La crisis del patriotismo*—, la patria cubana pierde representación sentimental al privársele del elemento de verdad dolorosa y de desgarramiento que hay en sus orígenes». ¹³ Lo mismo pudiera decirse de las narraciones a que vengo aludiendo —modalidades ficticias y recreativas de la literatura de campaña—, pero lo cierto es que de ese exiguo *corpus* no logré obtener una muestra lo suficientemente representativa como para demostrar mi aventurada hipótesis sobre la posible decadencia del género. En cambio, en una zona alejada del *corpus*, aunque no ajena a él, hallé una imagen —la clásica imagen del naufrago que hace señas desesperadas desde la playa de una isla desierta— que bien pudiéramos llamar genitora, porque dio origen al tema que ahora intento bosquejar ante ustedes.

El hombrecito de la playa

En su iconografía *The Splendid Little War*, John Freidel asegura que al amanecer del 22 de junio de 1898 —día previsto para el desembarco de las tropas norteamericanas en el caserío de Daiquirí, al este de Santiago de Cuba— se pudo ver desde alta mar, sobre la línea difuminada de la costa, la figura de un hombrecito solitario «sacudiendo con fuerza un trapo blanco para indicar que los españoles se habían ido». ¹⁴ Esa curiosa instantánea adquirió de pronto para mí el carácter de una revelación: la de los mundos despoblados o habitados por seres invisibles. En algún lugar observa Bloch que la falta de información crea vacíos en la historia que se asemejan a mundos despoblados. Sospecho que el hombrecito solitario del caserío desierto era simplemente un soldado mambí que —cumpliendo lo acordado poco antes por los jefes cubanos y norteamericanos— anunciaba satisfecho a sus aliados que podían desembarcar sin temor, porque ya se había establecido allí una cabeza de playa. Detrás de aquella figurita gesticulante no era difícil evocar el desfile de una multitud de mambises perdidos en el anonimato —el coronel Carlos González Clavel, por ejemplo, quien con quinientos hombres había ocupado el caserío y las alturas de Daiquirí— o imaginar el impresionante despliegue de tropas auxiliares que estaba llevándose a cabo en los alrededores: cuatro mil hombres dispuestos a impedir la llegada de refuerzos,

cavar trincheras, apoyar el cerco de Santiago y, en caso necesario, participar directamente en la toma de la ciudad. ¹⁵ En el recuento de Freidel, todos ellos se han esfumado como por arte de magia. No descarto la posibilidad de que el autor conociera esos datos, pero los desestimara. De hecho, en algún momento admite que los cubanos habían prometido desalojar del caserío a las escasas fuerzas enemigas que lo guardaban, pero no sin antes referirse, como al pasar, a la «ineficiencia» de las tropas mambisas. ¹⁶ Ahora bien, Freidel escribe en 1958, a sesenta años de distancia del acontecimiento, basándose probablemente en opiniones e informes de terceros. Pero la opinión de testigos presenciales no coincide con la suya. En efecto, dos días antes del desembarco en Daiquirí, el general William R. Shafter, jefe de la fuerza expedicionaria, había bajado a tierra en compañía del almirante William T. Sampson y algunos de sus oficiales, para entrevistarse con el jefe supremo de las fuerzas cubanas en la región, el general Calixto García. La entrevista —en la que se acordaron los pormenores de la operación— se celebró en un campamento mambí recién instalado en las lomas cercanas. El teniente coronel John D. Miley, quien estuvo allí como ayudante de campo del general Shafter, cuenta lo siguiente:

Mientras se desarrollaba la entrevista, las tropas [cubanas] se iban concentrando para darle al general [Shafter] una solemne despedida. Frente a la tienda de campaña estaban formadas varias compañías que presentaron armas al verlo salir, y un regimiento lo escoltó por el sinuoso sendero que bajaba hasta la playa, flanqueado ahora por soldados que, en posición de firmes, guardando entre sí un metro de distancia, presentaban armas. La escena produjo una honda impresión en todo el grupo. Parecía haber allí tal seriedad y firmeza de propósitos que todos sentimos que aquellos soldados eran una fuerza poderosa. Cerca del cincuenta por ciento eran negros y los demás, mulatos, con un pequeño número de blancos. Vestían pobremente, muchos sin camisa ni zapatos, pero todos tenían armas y una canana llena de municiones. ¹⁷

Lo que, a mi juicio, se interpone entre esos hombres y el ejército andrajoso, famélico e «ineficiente» que se empeñan en describir algunos corresponsales, ¹⁸ no es algo ajeno a la imagen del hombrecito de la playa. Puede hablarse de exceso o ausencia de prejuicios, de ignorancia o conciencia del modo en que se desarrolla la lucha anticolonial —es obvio, por ejemplo, que Miley es un testigo desprejuiciado, para quien la fuerza de un ejército no reside en el color de la piel, los botones de la camisa o la suela de los zapatos—, pero lo que me interesa resaltar —pienso en *Orientalismo*, de Said— es la coherencia con que funciona el discurso de la dominación y la manera en que va recubriendo con su pátina los más disímiles aspectos de la realidad. Dicho de otro modo: la descalificación de los mambises que hace Freidel y la imagen del hombrecito de la playa

responden al mismo mecanismo de control ideológico: el de la producción de mitos en el contexto de los mundos despoblados. Huelga añadir que, en este caso, mito equivale a coartada y que con esta aclaración de reformulado el tema de mi ponencia, lo que creo haber insinuado desde el título, por lo demás.

Sabemos que los artefactos discursivos de orientación colonialista o imperialista se sostienen en un principio básico, el de la superioridad racial. En este caso, se trata de la superioridad anglosajona, pues aunque el título en cuestión se refiere al «discurso del 98», sin otras precisiones, aquí abordo únicamente, de modo muy somero, el que se origina en los Estados Unidos y, como un coro entusiasta, entona esa disonante melodía por todos los medios a su alcance. Tan curiosa unanimidad nos devuelve al mito de Roosevelt: no se trata de que todos repitan mecánicamente la vieja partitura de Gobineau sobre la desigualdad de las razas, sino de que todos responden, de modo deliberado o inconsciente, a las estructuras de poder donde se genera cierto tipo de consenso social. Es impresionante ver cómo funciona esa red de discursos y canales —tan perfecta, aunque no tan sutil, como una telaraña—, que abarca diferentes modos de producción —los propios de la literatura, el periodismo y la docencia—, cada uno de ellos con sus funciones específicas —estéticas, informativas, recreativas, didácticas— y sus distintos soportes materiales (periódicos, revistas, libros, folletos, documentales cinematográficos). La prueba de que no estamos ante papagayos o conspiradores es que esa actitud se manifiesta no solo en la esfera pública, sino también en la privada (cartas personales, documentos de circulación restringida). Los prejuicios o, si se prefiere, los ideogramas de la supremacía blanca se han interiorizado de tal modo que han acabado convirtiéndose en parte de las estructuras emocionales, de los estratos más profundos de la personalidad. Para que logren atraer a individuos de todos los sectores sociales, muchos de los cuales rechazarían —en nombre de sus creencias religiosas, por ejemplo— un racismo despiadado, se ofrece también la doble opción del racismo paternalista y misionero, estrechamente ligado a la dialéctica civilización/barbarie y a los imperativos morales de la fe cristiana. Lo que el vencedor anglosajón debía hacer en su flamante imperio insular —aquellas «grandes y hermosas islas tropicales», como decía Roosevelt, recién liberadas del yugo español— era, sencillamente, «imponer orden en el caos». ¹⁹ Ese acto, aunque compulsivo, estaba justificado moralmente, porque el orden de marras suponía una forma más alta de civilización, el progreso en todos los aspectos de la vida económica, política y social. Tamaña responsabilidad debía asumirse magnánimamente, sin tuteos ni ambigüedades. Fue lo que dijo Rudyard

Kipling —el «trovador del imperio británico»—, desde su recién estrenado hogar en Vermont, en un poema que, por cierto, envió a su amigo Teddy Roosevelt antes de publicarlo en una revista neoyorquina, a principios de 1899. Dijo que esa misión civilizadora era la carga, el «fardo» que el Hombre Blanco debía asumir y por la que al cabo lo juzgarían los propios pueblos «callados y taciturnos» que él iba a salvar. Una hermenéutica de la recepción podría ver en «The White Man's Burden» el acta de nacimiento poético del imperialismo norteamericano, porque Kipling lo escribió y publicó en medio de un intenso debate sobre la conveniencia o improcedencia de ocupar total y definitivamente el archipiélago de las Filipinas. ²⁰ Si el presidente McKinley leyó el poema debió de sentirse conmovido, aunque no convencido del todo, ya que en determinado momento consideró oportuno tantear la voluntad divina sin intermediarios. En efecto, a varios pastores protestantes que lo visitaron a fines de 1899 les contó que había pedido a Dios que lo iluminara sobre el espinoso asunto de las Islas y que cierta noche tuvo una revelación: «[Q]ue no podíamos hacer otra cosa que tomarlas y educar a los filipinos, instruirlos y cristianizarlos, Dios mediante, y portarnos lo mejor posible con ellos, porque son nuestro prójimo, por quien murió Cristo». ²¹

Es evidente —y permítanme la digresión— que quienes traducen el *burden* de Kipling por «responsabilidad» no han leído esa piadosa confesión de McKinley. «Responsabilidad» es un término aséptico, que carece de implicaciones emocionales; remite a alguna forma de contrato o compromiso mutuo. La metáfora del «fardo», en cambio, sugiere inmediatamente la idea de sacrificio: para redimir a esa parte del género humano que vive en el atraso y las tinieblas, el Hombre Blanco debe ser fiel a su misión, cargar estoicamente ese fardo, como cargó Cristo la cruz. La magnitud del consenso suscitado por el reclamo de Kipling produce a veces la impresión de que nos movemos en un campo semántico restringido, donde ciertos términos no cesan de reiterarse. El representante de una de las tendencias expansionistas más moderadas de la época le expone a McKinley su criterio de que la inmensa mayoría del pueblo norteamericano está contra la ocupación definitiva de Filipinas; solo quiere ejercer sobre las Islas —y en general sobre los territorios ocupados— «una influencia civilizadora», dice, además de «abrir nuevos mercados» para los productos nacionales; pero todo ello sin tener que asumir «la carga de las responsabilidades políticas» propias de un gobierno estable. ²² Este tipo de enfoque, por cierto, privaba al concepto «civilización» de gran parte de su contenido, puesto que todos daban por descontado que la «influencia civilizadora» se extendería

a las instituciones políticas. El colonizador se ve a sí mismo en el espejo del colonizado como una imagen invertida; el éxito definitivo de su misión consistiría en lograr que el colonizado se convirtiera en un remedo suyo: esos Tío Tom y Gunga Din y negros «con alma blanca» que pueblan el imaginario del racismo paternalista. Las formas de gobierno, sin embargo, no pueden imitarse como se imitan las normas de conducta; a veces se establecen simulacros, pero el sistema político del amo, en su conjunto, queda siempre como un modelo inaccesible. Huelga aclarar por qué: los sistemas políticos avanzados son privativos de las razas superiores, y los pobladores de los territorios ultramarinos no entraban en esa categoría. Como dice el profesor Draper, presidente de la Universidad de Illinois, en un libro que escribió para los estudiantes poco después de terminar la guerra: los soldados norteamericanos eran «dignos representantes de una república donde el pueblo se gobernaba a sí mismo, y ejemplificaban las virtudes y el heroísmo de la raza anglosajona». En Cuba intervinieron por compasión, no porque confiaran en nuestras virtudes cívicas, y en cuanto a Filipinas, ¿cómo iban a transferir el mando «a la población nativa, que era ignorante, indisciplinada y de momento incapaz de ejercer por sí misma las funciones de gobierno?».²³ A los españoles les llegó su turno cuando se debatió en el Congreso el tema de la guerra, poco después de la voladura del Maine. España insistía en que se trataba de un accidente; pero uno de los congresistas, el senador Perkins, convencido de que los españoles padecían de una crueldad innata, insinuaba que a una nación que había parido monstruos como el duque de Alba y el general Valeriano Weyler no le faltarían «hombres capaces de mandar al otro mundo a 266 marinos en momentos en que se hallaban entregados al sueño».²⁴ Meses después, ya terminada la guerra, Draper les explicaría a sus jóvenes lectores que no había sido la superioridad numérica ni de armamentos lo que condujo a una victoria tan fulminante, sino «la notable diferencia de caracteres de las dos razas que se enfrentaron», lo que se ponía de manifiesto, por ejemplo, en sus respectivas aficiones deportivas: del lado norteamericano, el beisbol y el balompié, que requerían fortaleza física y temple viril; del lado español, las corridas de toros, con sus toreros emperifollados y su gusto por la carnicería.²⁵ Si a todo esto se añade lo que, en el ya mencionado debate, afirmó el senador Clay sobre el pueblo cubano —que «era, y es, si se le deja quieto, una raza dócil, alegre, pacífica e inofensiva»—,²⁶ tendremos el esquema clásico del cuento popular tradicional, tal como lo analizara Propp y se reprodujera en la literatura caballeresca: de un lado, una Doncella martirizada (la Isla de Cuba) y un Vengador dispuesto a rescatarla a toda costa (el pueblo norteamericano);

del otro, un Villano incorregible (el gobierno español). En su revelador estudio sobre el tema,²⁷ Peter Hulme —con quien obviamente estoy en deuda—, ha señalado que el mecanismo en que se basa el discurso promedio del 98 es la identificación, y en especial el carácter exacerbado que esta adopta en los procesos de recepción del melodrama. La identificación superficial requiere, por lo pronto, acción dramática: intriga, peripecias, conflictos y, sobre todo, Buenos y Malos; es decir, personajes de una sola pieza, sin matices. Con esos ingredientes es fácil crear tensas expectativas y hacer vibrar de emoción el corazón del público.²⁸ En este caso, el drama estaba ahí. Para convertirlo en espectáculo solo hacía falta un hábil Director de Escena.

La puesta en escena

El genio de William Randolph Hearst —dueño de *The Journal* de Nueva York— consistió en lograr que la vida imitara al arte, convirtiendo en simples unidades dramáticas tanto los hechos reales como a las personas de carne y hueso. La historia —privada así de su dolorosa carga de verdad, como diría Lamar— se transforma en espectáculo para regocijo del gran público y, claro está, del gran empresario, que súbitamente ve multiplicados sus ingresos (durante la semana siguiente a la explosión del Maine, por ejemplo, *The Journal* duplicó su tirada, hasta superar el millón de ejemplares). Suele llamarse manipulación a esa falta de escrúpulos, pero lo cierto es que fue así, «dramatizando», como Hearst y sus colegas de la prensa amarilla se convirtieron en precursores de lo que hoy conocemos como Nuevo Periodismo. No me detendré en la obra maestra de Hearst —el «rescate» de Evangelina Cossío, llevado a cabo por uno de sus reporteros— porque ha sido tratada en detalle por Hulme. En cierta forma, la aventura sirvió de introducción al escándalo provocado por el estallido del Maine, apenas cuatro meses después, y de ella se dijo en el *Journal* que había sido el «episodio más audaz y romántico de los tiempos modernos».²⁹ En los sectores populares —que siempre habían simpatizado con la causa cubana³⁰ y ahora eran sometidos a un incesante bombardeo propagandístico que incluía las exhortaciones patrióticas, el clamor de venganza y las apelaciones al sentimiento humanitario— no tardó en manifestarse un estado de ánimo favorable a la guerra. Por lo demás, las argucias de Hearst y sus competidores crearon una expectativa sobre la situación cubana que había que satisfacer a cualquier precio. Horatio Rubens —abogado de la Junta Revolucionaria en Nueva York— cuenta que muy pronto los periódicos no se conformaron con las noticias oficiosas y decidieron contratar a hábiles reporteros para que les

enviaran desde Cuba informaciones y reportajes de primera mano. Pero no todas las fuentes eran confiables. Había periodistas cómodamente instalados en Tampa, Cayo Hueso y Nueva Orleans que fantaseaban a su antojo amparándose en la supuesta autoridad de reales o imaginarios informantes. Se explica así que tomaran cuerpo los más insólitos rumores, como el de la legión de Amazonas mambisas que sembraba el pánico en las filas del ejército español. Rubens observa, con admirable candor, que la patraña podría deberse a un equívoco: tal vez los corresponsales ignoraban que en español se les suele aplicar el epíteto de «Amazonas» a las jinetas. Aunque, por otra parte, el hecho de que algunas mujeres acompañaran a sus maridos a la manigua, montando sus propias cabalgaduras, no autorizaba a hablar de una «legión de Amazonas en zafarrancho de combate, sedientas de sangre», que mataban e infligían «las torturas más salvajes y atroces» a sus adversarios...³¹ Hearst mismo fue víctima del efecto bumerán cuando uno de sus corresponsales le hizo creer que estaba reportando la situación desde el campo insurrecto; en realidad, pasaba la mayor parte del tiempo «en el bar del Hotel Inglaterra, en La Habana, bebiendo cocteles y recopilando historias sobre atrocidades [de los españoles], que le suministraban los simpatizantes de los rebeldes».³² Los propios miembros de la Junta Revolucionaria en los Estados Unidos no parecían estar libres de sospecha: sus detractores los acusaban de librar verdaderas batallas de papel, reportando dudosos combates e imaginarias victorias mambisas.³³

Esas entelequias verbales, donde lo único real era el flujo incesante de discursos, tenían propiedades similares a las de aquellos sombreros mágicos que hacían invisibles a sus portadores: bajo ellas desaparecía como por encanto la verdadera historia de Cuba. Era lógico que eso pasara en el reino de lo efímero, representado por la prensa; pero no que ocurriera también en el de la historiografía. Lo cierto, sin embargo, es que los historiadores norteamericanos se dieron siempre el lujo de prescindir de la extensa bibliografía existente en español sobre este conflicto cuyo nombre tradicional (Guerra Hispano-americana) revela, como bien dice Foner, una crasa ignorancia o peor aún, un desprecio total hacia los cubanos y su larga lucha por la independencia. Cuando la ideología penetra en el terreno de la topografía se produce un curioso desplazamiento conceptual que pudiéramos llamar, en este caso, anglocentrismo. En él se vieron involucrados, inclusive, los cubanos residentes en los Estados Unidos, pues quien lee a los historiadores de ese país, según Foner, puede llegar a la conclusión de que la guerra no la libraban los mambises en los campos de Cuba, sino los miembros de la Junta Revolucionaria en los Estados Unidos, presididos por Tomás Estrada Palma, quienes

realizaban un intenso cabildeo y una constante actividad propagandística. En suma, incluso «algunos historiadores destacados escriben como si ni siquiera hubiese habido guerra en Cuba antes de que interviniesen los Estados Unidos».³⁴ Lo hacen siguiendo una técnica que metodológicamente está más cerca del arte que de la historiografía: consiste en aislar fragmentos de realidad y presentarlos como conjuntos. Para eso hay que prescindir de los contextos o, si se quiere, de los elementos cronotópicos, como diría Bajtín, que rigen los principios de temporalidad y causalidad en que se basa la narración realista. Se desemboca así en la historiografía de los mundos despoblados, que vista desde acá no es la de la memoria, sino la del olvido. Este *modus operandi* —cuya característica más sobrecogedora es que suele ser inconsciente— pudiera ilustrarse con lo que llamaré el mito de Rowan.

El mito del héroe y otros hombrecitos de la playa

En abril de 1898, ante la inminencia de la guerra con España —el Congreso de los Estados Unidos acababa de aprobar la famosa Resolución Conjunta, que reconocía el derecho de Cuba a la independencia—, el general Nelson A. Miles, Secretario de Guerra, consideró la conveniencia de ordenar un desembarco de tropas en las inmediaciones de Santiago de Cuba. Para realizar la operación con la mayor rapidez y el menor número de bajas posible, se necesitaba el apoyo del Ejército Libertador de Cuba, representado en la zona, como ya vimos, por el general Calixto García. Miles decidió solicitar directamente su colaboración sabiendo que Tomás Estrada Palma le había prometido al presidente McKinley que daría instrucciones al general García y otros altos jefes mambises para que, llegado el momento, apoyaran y ejecutaran «los planes de los generales americanos en campaña».³⁵ La persona escogida para trasladarse clandestinamente a la Isla, ponerse en contacto con el General y volver rápidamente a Washington con su respuesta, fue un subordinado de Miles, el teniente Andrew S. Rowan, cuyo nombre pasaría a la posteridad, tanto en los Estados Unidos como en Cuba. Sobre esta operación, Freidel es muy parco; se limita a decir que Rowan «atravesó Cuba para localizar al general insurrecto Calixto García» y que «esa hazaña fue celebrada por Elbert Hubbard en un folleto [*A Message to Garcia*], distribuido por millones, donde se elogiaba a aquellos que cumplían ciegamente las órdenes» de sus superiores.³⁶

Drapear es más explícito, aunque igualmente sobrio. Dice en esencia lo siguiente: que al declararse la guerra

con España se consideró necesario establecer contacto con los jefes de la insurrección, que se movían constantemente por zonas inaccesibles de la isla. Para llegar a ellos, en Cuba, había que jugarse la vida atravesando «cientos de millas de territorio enemigo». Rowan arribó a Kingston a finales de abril y, después de recibir instrucciones de Washington y de un fatigoso viaje a la costa, salió rumbo a Cuba —una distancia de cien millas— en un barquito de vela, con el que burló la vigilancia de la marina española. Desembarcó sin novedad y luego, guiado por militares cubanos, se abrió paso a través de la espesura —«durmiendo a la intemperie, alimentándose de boniatos, bebiendo agua de coco»...— hasta que llegó a su destino, situado «en el corazón mismo de la selva», donde entregó su mensaje. Al regreso tuvo que recorrer otras cien millas hasta la costa norte de la isla. Allí, simpatizantes de la causa cubana le facilitaron un bote de remos, con velas improvisadas, y acompañado por cinco cubanos atravesó las doscientas millas de aguas turbulentas que lo separaban de Nassau, en las Bahamas. Tomó un vapor para Cayo Hueso y luego un tren para Washington. Había cumplido su misión. El general Miles propuso que fuera ascendido a teniente coronel: «El teniente Rowan —afirmó— ha realizado un acto de heroísmo y de audacia raras veces superado en los anales de la guerra».³⁷

Este cuadro —aunque realista, salvo por algunos detalles— adolece de una falla técnica: no tiene dimensión de profundidad. Las figuras y los espacios que sirven o pudieran servir de modelos han sido omitidos o difuminados. Los personajes cubanos —esos oficiales mambises que reciben a Rowan, los «simpatizantes» que le facilitan un bote, los hombres que se embarcan con él rumbo a Nassau— carecen por completo de relieve. Son los eternos nativos, simples puntos de referencia, gracias a los cuales la figura del personaje principal se destaca vívidamente contra el fondo impreciso del paisaje. Y sin embargo, lo que la aventura de Rowan muestra con absoluta claridad es el nivel de coherencia y organización que tenían las fuerzas revolucionarias, tanto civiles como militares. Solo la existencia de una formidable red de comunicaciones y servicios auxiliares podía garantizar que el periplo de aquel curioso mensajero —que no hablaba una sola palabra de español y no conocía un solo palmo del agreste territorio que debía atravesar— pudiera cumplirse sin contratiempos en tan breve lapso. Veamos el mapa de la aventura, visto desde la perspectiva cubana.³⁸ Rowan llega a Kingston con una recomendación de Estrada Palma, que le permite entrar rápidamente en contacto con un veterano de la guerra del 68 (Gervasio Savio), cuya misión era mantener las comunicaciones marítimas clandestinas entre Cuba y

Jamaica. Desembarca en el extremo occidental de la Sierra Maestra (la ensenada de Mora), donde las postas mambisas, encargadas de la vigilancia de las costas, lo conducen al otro lado de las montañas, cerca del campamento del jefe de la División de Manzanillo (general Hernández Ríos). Allí se hace cargo de él un ayudante del General (el teniente de caballería Fernández Barrot) quien, por haberse educado en los Estados Unidos, tiene un perfecto dominio del inglés. Al día siguiente, ambos, con una escolta, se disponen a recorrer el centener de kilómetros que los separan del lugar donde supuestamente está acampado el general García (las márgenes del río Contramaestre, a poca distancia del poblado de Jiguaní). Por caminos casi intransitables, teniendo a veces que abrirse paso en la manigua a golpes de machete, llegan a las cercanías de un caserío (Bueycito, en las estribaciones de la Sierra Maestra). Al día siguiente reanudan la marcha hacia el valle del río Bayamo, donde unos campesinos les informan que el general García ha ocupado con sus tropas la ciudad. Al mediodía, en pleno centro de Bayamo, Rowan entrega su mensaje.³⁹ Esa misma noche, asiste a un banquete que el general García ofrece en su honor y luego a un baile de gala. Horas después, ya en la madrugada del día 2, parte de regreso. Lo acompañan tres altos oficiales mambises, entre ellos el general Enrique Collazo, quien por su conocimiento del inglés, va como enviado especial a Washington a precisar detalles. Salen rumbo a Nassau por la costa norte (la zona de Banes) en una pequeña embarcación conducida por un hábil marino (Nicolás Balbuena), también oficial del Ejército Libertador.

Dos cosas he querido subrayar con este minucioso recuento: primero, que aunque Rowan tenía, sin duda, un valor a toda prueba y una ilimitada confianza en sí mismo, no corrió ningún peligro en el cumplimiento de su misión;⁴⁰ segundo, que aquellas figuritas diseminadas por el paisaje tenían nombre, identidades y propósitos bien definidos. El destinatario del mensaje, además, era un personaje de leyenda. En esa época estaba a punto de cumplir sesenta años y, después de la muerte en combate de Antonio Maceo, había pasado a ser lugarteniente general del Ejército Libertador, el segundo hombre en la jerarquía militar mambisa, solo precedido por Máximo Gómez. Fue justamente allí, en Bayamo, donde se incorporó a la Revolución, treinta años antes, junto con otros setenta jóvenes. En 1898, era el único de ellos que, según sus propias palabras, no había cometido «la gran tontería de morir», aunque ocasiones no le faltaron: su hoja de servicios, en el curso de tres insurrecciones, incluía todo tipo de acciones de guerra: escaramuzas, combates y tomas de pueblos y ciudades. En 1874 cayó en una emboscada y, para evitar que lo hicieran prisionero, se disparó un tiro por debajo del mentón que le salió por la frente.⁴¹ Fue uno de los

primeros estrategias mambises que combinó las tácticas de guerrilla con el empleo de la artillería. Cuando Rowan lo visitó, era jefe del Departamento Militar de Oriente, un vasto territorio convertido en bastión de la lucha independentista. Apenas dos meses después cumpliría su compromiso, como ya vimos, situando en las inmediaciones de Santiago de Cuba cuatro mil hombres listos para apoyar el desembarco de las tropas norteamericanas y luego la toma de la ciudad.

En suma, la manigua estaba muy lejos de ser un espacio despoblado o habitado por fantasmagóricos nativos. En lo profundo del monte —como en la playa desde la que lanzaba su grito de júbilo el hombrecito del trapo blanco— había un pueblo empeñado en luchar por su independencia y por un ambicioso proyecto de justicia social. Tal vez sea eso lo que Escalante quiso decir cuando, a propósito de las imaginarias aventuras de Rowan, expresó el temor de que pudiera ocultarse allí «el deseo preconcebido de crear un mito» —un mito destinado a adormecer la conciencia criolla.⁴² Para él, semejante propósito era incompatible con el normal desarrollo de la identidad nacional, en un pueblo que aún no tenía medio siglo de haberse constituido en república y donde todavía el máximo emblema del poder era la Embajada americana. ¿Estaría pensando Escalante, quizás, en el mito del Superhombre —lo que hoy llamaríamos el mito de Rambo? En 1910 y 1935 se hicieron sendas películas norteamericanas sobre el tema —ambas tituladas *El mensaje a García*, ambas con la misma orientación ideológica— y la que Escalante tuvo oportunidad de ver no hizo más que confirmar sus temores.

Notas

1. El simposio 1898: War, Literature and the Question of Pan-Americanism se celebró, en efecto, del 27 al 29 de marzo de 1898, bajo los auspicios de The Program in Latin American Studies de dicha universidad. He modificado ligeramente el título y el texto de mi ponencia.
2. Roland Barthes, *Mitologías*, trad. de Héctor Schmucler, Siglo XXI, México D.F., 1980, pp. 200 y 215-6.
3. El artículo tercero daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en Cuba cuando lo creyera conveniente. Promovida por el senador Orville H. Platt, encontró fuerte oposición en el Congreso, puesto que debía imponerse a los cubanos como condición indispensable para retirar las tropas norteamericanas de Cuba. «Estamos realizando un acto de despotismo —observó un congresista durante el debate que tuvo lugar en el Senado— que no nos hemos atrevido nunca a realizar con una tribu de indios en los Estados Unidos». El texto del debate no se conoció en Cuba hasta 1935, cuando Emilio Roig de Leuchsenring lo incluyó en su Historia de la Enmienda Platt. Eran, en opinión del autor, «las páginas más sensacionales de la historia de Cuba republicana». Véanse en su *Los*

Estados Unidos contra Cuba Libre [1959], 2ª ed., Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1982, t. I y II, apéndices 1 y 2. (La cita en t.II, p. 263.)

4. Regino Botí, «Cartas a los orientales (1904-1926)», cit. por Jorge Fornet en «El síndrome del 98 en la literatura cubana», *Casa de las Américas*, n. 205, octubre-diciembre de 1996, p. 124.
5. Fernando Ortiz, *Entre cubanos* [1913], 2ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 72.
6. Alberto Lamar Schweyer, *La crisis del patriotismo. Una teoría de las inmigraciones*, 2ª ed., Editorial Martí, La Habana, 1929, p. 94. El autor tenía visión de pasado, sin duda, pero no de futuro. Escribía en medio de un clima de eferescencia intelectual y política que culminaría un año después en el inicio de la lucha frontal contra la dictadura de Machado.
7. Jorge Ibarra, *Cuba: 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, pp. 4 y ss., 375 y ss.
8. El artículo tercero de la Enmienda Platt se basaba en el poder de persuasión de la amenaza; es decir, en la peregrina idea de que el simple temor a la intervención la haría innecesaria. Al demostrar lo contrario, Estrada Palma hizo quedar mal a Roosevelt.
9. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 375. El nivel de autoestima llegó a ser tan bajo y el deterioro ideológico tan profundo, que un distinguido veterano de la guerra de independencia —el teniente coronel Cosme de la Torriente— llegó a comparar a Roosevelt con Carlos Manuel de Céspedes y José Martí.
10. Jorge Ibarra, ob. cit., p. 12. En *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985), el autor exploró los modos en que esas estructuras se insinuaron en el discurso literario y artístico durante el período al que venimos refiriéndonos.
11. Por ejemplo, *Episodios de la guerra; mi vida en la manigua* (1898), de Raimundo Cabrera; *La insurrección* (1910), de Luis Rodríguez Embil; *La manigua sentimental* (1910), de Jesús Castellanos, y —como un fruto tardío y exangüe de esa corriente— *Cenizas gloriosas* (1941), de Miguel Ángel Campa. Un caso aparte serían los «Cuentos de la manigua», incluidos en el libro *Los héroes* (1941), de Carlos Montenegro.
12. Georg Lukács, *La novela histórica* [1955], tr. de Jasmin Reuter, Ediciones Era, México D.F., 1966, p. 357.
13. Alberto Lamar Schweyer, ob. cit., p. 96.
14. Frank Freidel, *The Splendid Little War*, Little, Brown and Company, Boston-Toronto, 1958, p. 82.
15. A esa vasta operación de apoyo se asocian, en la historia de Cuba, los nombres de media docena de generales, en especial los de la División de Bayamo y Jiguani, bajo el mando del general Calixto García Iníiguez. Baste citar a Demetrio Castillo Duany, Jesús Rabí, Saturnino Lora, Agustín Cebreco y José Manuel Capote.
16. Frank Freidel, ob. cit., p. 81.
17. John D. Miley, *In Cuba with Shafter*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1899, pp. 58-9.
18. Véase Louis A. Pérez, Jr., *Between Empires*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1983; y Peter Hulme, *Rescuing Cuba: Adventure and Masculinity in the 1890s*, University of Maryland at College Park (Latin American Studies Center Series, n. 11), 1996, pp. 26-8.

19. Theodore Roosevelt, *The Strenuous Life; Essays and Addresses* (1901), p. 7. Cit. por C. Douglas Dillon en su documentada tesis «Algunas causas extraeconómicas del tránsito de los Estados Unidos al imperialismo activo en 1898-1899» [1931], reproducida en *Casa de las Américas*, n. 209, octubre-diciembre de 1997. (Tr. de Esther Pérez.)

20. Sobre la popularidad de Kipling en los Estados Unidos y la difusión e influencia que tuvo «The White Man's Burden», véase C. Douglas Dillon, ob. cit., pp. 127-8. En esta última página se reproduce también el texto original del poema.

21. Charl Olcott, *The Life of William McKinley* [1916], v. 2, pp. 110-1. Cit. por C. Douglas Dillon, ob. cit., p. 127. Solo así pudo librarse McKinley de la diabólica tentación de abstenerse. Como dijo Cabot Lodge, después de consumado el hecho, «[I]odos los motivos egoístas, todos los intereses personales impulsaban al Presidente a abandonar las Filipinas, pero... guiado por el sentido del deber, por la herencia espiritual del pueblo estadounidense, por sus propias dotes de estadista [...] actuó con osadía y ocupó las islas». Henry Cabot Lodge, «The Retention of the Philippine Islands» (1900), cit. por C. Douglas Dillon, ob. cit., p. 125.

22. Carl Schurz, Carta personal al presidente McKinley, de septiembre de 1898. Cit. en «The Spanish American War: Business Recovery and the China Market. Selected Documents and Commentary.» [Michael E. Boylen, comp.], *Studies on the Left*, v. 1, n. 2, invierno de 1960, pp. 61-2. (Los subrayados son míos.)

23. Andrew S. Draper, *The Rescue of Cuba. An Episode in the Growth of Free Government*, Silver, Burdett and Company, Nueva York, 1899, pp. 148, 178 y 139, respectiv. (El ejemplar que he consultado pertenecía a una biblioteca escolar del condado de Marion, en Iowa.)

24. Véase debate en el Senado de los Estados Unidos (4 de abril de 1898), reproducido por Emilio Roig de Leuchsenring en *Los Estados Unidos contra Cuba Libre*, ob. cit., t. I, p. 275.

25. Andrew S. Draper, ob. cit., p. 6.

26. Véase Andrew S. Draper, ob. cit., p. 256.

27. Peter Hulme, *Rescuing Cuba...*, ob. cit.

28. En el caso de Puerto Rico, la ausencia de alguno de tales ingredientes explicaría quizá el tono descarnado que asumió el discurso sobre la Isla, considerada de antemano como botín de guerra.

29. Peter Hulme, ob. cit., p. 15.

30. Sobre ese vasto movimiento de solidaridad, véase Philip S. Foner, *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui* [1966.], tr. de Lidia Pedreira, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, t. 1, cap. VIII.

31. Véase Horatio S. Rubens, *Liberty. The Story of Cuba*, Brewer, Warren & Putnam, Nueva York, 1932, pp. 202 y 204. Entre los corresponsales, Rubens menciona expresamente a Sylvester Scovill, del *New York World*; a Crosby, del *Chicago Tribune*; a Summerfield, del *New York Herald*; a Karl Decker, del *New York Journal*; a Richard Harding Davis, a Charles Michelson y a Grover Flint. Luego habría que añadir los nombres de algunos que desembarcaron con las tropas en el 98: Steven Crane y Winston Churchill, por ejemplo. También el cubano José de Armas y Cárdenas vino en esa oportunidad, como corresponsal de *The Sun*.

32. Peter Hulme, ob. cit., p. 10.

33. De ahí el sarcástico comentario que apareció en un periódico de Cincinnati, el *Times Star*, apenas comenzada la guerra del 95: «Las fuerzas insurrectas parecen estar principalmente compuestas de corresponsales periodísticos armados de lápices, cámaras fotográficas y otras armas igualmente mortíferas». (Véase Philip S. Foner, ob. cit., p. 189.)

34. Philip S. Foner, ob. cit., pp. 7 y 189. Sobre el tema de la guerra en su conjunto, véase Araceli García-Carranza, comp., *Bibliografía de la guerra de independencia (1895-1898)*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1976. Para una visión detallada de los acontecimientos, desde la perspectiva cubana, véase Felipe Martínez Arango, *Cronología crítica de la guerra hispano-cubanoamericana* [1950], 3ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; y para una visión panorámica, desde la perspectiva española, Pablo de Azcarate, *La guerra del 98*, Alianza Editorial, Madrid, 1968.

35. Véase comunicación de Estrada Palma, en Felipe Martínez Arango, ob. cit., pp. 203-4.

36. Frank Freidel, ob. cit., p. 46. (Véase retrato de Rowan en la misma página.)

37. Véase Andrew S. Draper, ob. cit., pp. 152-4. (Los subrayados —como el propio resumen— son míos.)

38. Para los detalles menos conocidos me baso en el relato de Aníbal Escalante Beatón, ayudante del general García que vio a Rowan en Bayamo y a quien Eugenio Fernández Barrot —el oficial que condujo a Rowan hasta allí— le contó los pormenores del recorrido. Véase Aníbal Escalante Beatón, *Calixto García y su campaña del 95* [1946], 2ª ed., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 432-64.

39. Era el 1º de mayo, día en que a miles de kilómetros de distancia se iniciaría el espectacular relevo de un imperio por otro con la destrucción de la escuadra española en la base naval de Cavite (Manila).

40. En alta mar, porque las naves españolas que patrullaban la costa sur, previendo lo que iba a ocurrir, se habían concentrado en Santiago de Cuba; en tierra, porque el escenario de la acción —las zonas rurales de la provincia de Oriente— estaba en poder de los mambises. Es obvio que Rowan tuvo suerte. Otras acciones igualmente temerarias y exitosas emprendidas por los mandos militares norteamericanos en el curso de la guerra suscitaron opiniones críticas o irónicas de algunos corresponsales, como la de Richard R. Davis, por ejemplo, quien llegó a la conclusión de que Dios protegía «a los niños, a los borrachos y a los Estados Unidos».

41. La profunda cicatriz que le quedó encima del entrecejo sería un permanente motivo de orgullo tanto para los patriotas cubanos como para los médicos militares españoles que le salvaron la vida.

42. Aníbal Escalante Beatón, ob. cit., p. 438.